

« ces es su representante y su órgano,  
 « substituido á todos sus derechos divi-  
 « nos en el órden temporal. Su minis-  
 « terio es sagrado y su persona inviola-  
 « ble; es una obligacion obedecerle, y  
 « resistirle un sacrilegio. »

Pregunto ; no es esta la doctrina y aun el lenguaje mismo de la Constitucion? En el religioso preámbulo con que da principio á la exposicion de sus artículos dice: « *En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu santo, Autor y supremo Legislador de la sociedad.* » ¿No se vé desde este primer paso una nacion católica que va á beber en la fuente divina del poder eterno la fuerza de autoridad con que ha de ligar á sus leyes las conciencias? Sigue: « Las Córtes generales y extraordinarias de la nacion española,

« bien convencidas, despues del mas  
 « detenido exámen y madura delibera-  
 « cion, de que las antiguas leyes fun-  
 « damentales de esta monarquía, acom-  
 « pañadas de las oportunas providencias  
 « y precauciones, que aseguren de un  
 « modo estable y permanente su entero  
 « cumplimiento, podrán llenar debi-  
 « damente el objeto de promover la  
 « gloria, la prosperidad y el bien de  
 « toda la nacion, decretan la siguiente  
 « Constitucion política etc. »

He aquí un gobierno legítimamente constituido que, conociendo y confesando que la autoridad que ejerce emana de Dios mismo, su representacion de las antiguas leyes fundamentales, camina apoyado en la Religion misma á prescribir sus deberes desde el supremo magistrado hasta el infeliz pordiosero.

¿ Quién sin malicia podrá declarar nuestra religiosa Constitucion objeto ú blanco de las reconvençiones de anarquía, ú confundirla con aquellas que el autor acrimina como parto monstruoso de la filosofía ó de la usurpacion? El respeto y obediencia que la Religion pide y manda para aquellos que llama representantes de Dios sobre la tierra, se prescriben expresamente en el tít. 4º cap. 1º art. 168 que dice : « que la persona del rey es sagrada é « inviolable, y no está sujeta á respon- « sabilidad; » y en el 170 que « *la potes- « tad de hacer ejecutar las leyes reside « exclusivamente en el rey, y su au- « toridad se extiende á todo quanto « conduce á la conservacion del orden « público en lo interior, y á la seguri- « dad del Estado en lo exterior, confor-*

« *me á la Constitucion y á las leyes.* »  
 ¿ Se oponen pues en algo estas y los preceptos sagrados de la Religion que tienen por objeto perfeccionar la sociedad, llenar el vacío que ninguna institucion humana por perfecta que sea puede llenar, ordenando la sumision y obediencia, no solo por el temor del castigo sino por el amor y la conciencia? ¿ Podrá alguno faltar á aquellas leyes sabias ú á estos preceptos divinos sin ofender á Dios, sin atraer su ira sobre sí, y merecer el odio de la patria y su castigo? Concluyamos pues, que no se puede tocar á la Religion sin destruir el Estado; ni ser infiel á este sin ofender á aquella.

El deseo de radicar esta verdad que arroja de sí el todo de la obra, y prueba hasta la evidencia en cada una de

sus partes, me ha obligado á añadir algunas notas que confirmen los hechos, cuyas pruebas, si en Francia fueron inútiles, en España me parecen necesarias. *Se da prisa el autor, dice M. de Genoude, porque es preciso apresurarse cuando todo lo que nos rodea es instantáneo y pasajero.... temia siempre no decir con la presteza necesaria todas las verdades que anuncia, recelando sea demasiado tarde cuando lleguen á oirse.* En Francia, y en el c. ater mismo del volcan filosófico, donde todavía arden y fermentan los principios destructores que la asolaron, y amenazaron inundar toda Europa; en Paris, donde la filosofía ensayó de tantas maneras sus teorías inhumanas, tan insociales como impías, bastaba indicar unos hechos, que tienen otros tantos testigos, cuan-

tos son los monumentos gloriosos de la Religion, las ciencias y las artes destruidos, y cuantas son las familias, y son todas, que contaron en su seno tantas víctimas desgraciadas. Yo quiero hacer ver á mis lectores, que tal vez podrán mirar las pinturas elocuentes del autor como exageraciones sistemáticas, los estragos que la impiedad bajo distintas formas ha causado en la nacion mas floreciente del mundo, destruyendo en tan corto espacio de tiempo tantos siglos de gloria, y sacrificando á un esqueleto desnudo y descarnado, grandes talentos, excelentes virtudes, y hasta el trono, su rey, y su libertad misma bañada en la sangre de mil generaciones.

Por tanto comprobaré estas verdades con los testimonios mas fidedignos, por

ser públicos y averiguados, de autores que aun viven, que han hecho y hacen hoy un papel distinguido en la historia civil y literaria de su pátria. Aventurando mis pobres conocimientos y mis buenas intenciones á la censura de amigos y enemigos, pretendo únicamente ser útil del modo que pudiere á mi pátria amada, preservándola de lo que el Espíritu santo llama *vicios de los últimos tiempos*, grabando en los corazones de todos los católicos esta verdad eterna: « La justicia eleva los pueblos, y la impiedad, que es el mayor de todos los pecados, los destruye. » *Justitia elevat gentes, miseros autem facit populos peccatum.*

El óbolo de la viuda, humildemente ofrecido podrá producir alguna utilidad á mis hermanos y alguna gloria á

Dios, que es Padre universal de la sociedad y de los hombres. No pretendo otra cosa, y esto me indemnizará con usura de toda crítica.

EL TRADUCTOR.

## ADVERTENCIA

SOBRE LA PRIMERA EDICION.

---

Se piensa dar á luz , dentro de poco, la segunda parte de esta obra. El primer tomo sale por separado, en razon de las circunstancias; ya que en este *siglo ilustrado* las circunstancias regulan las doctrinas, las costumbres, aun los gobiernos mismos y las leyes; y porque las reflexiones de ayer no son aplicables al dia de hoy. Cuando todo era estable y fijo, siempre llegaban

los libros á buen tiempo. Pues que la sociedad camina con presteza, para llegar al efectivo cumplimiento de sus destinos, es tambien indispensable apresurarse; se debe hablar, cuanto mas antes, á los pueblos de la verdad, el órden y la religion; recelando parecerse al médico, que hiciera una disertacion excelente sobre la vida, al lado de un sepulcro.

## INTRODUCCION.

El siglo apasionado por el error no es el siglo mas enfermo; pero lo es el que no aprecia la verdad, y que se desdeña de admitirla. Donde se notan violentas conmociones, hay ciertamente fuerzas, y puede sin duda esperarse mejoría; si el movimiento es imperceptible, si no hay pul-

sos, si el frio llega ya al corazon, ¿qué puede esperarse, mas que la próxima, é inevitable dissolution?

Es inútil disimular, que la sociedad europea se adelanta con rapidez á este término fatal. El observador no debe fijar su atencion en el bullicio que se percibe en su seno, ni en los movimientos impetuosos que la estremecen, sino que debe preguntar: ¿Quién la sacará del indiferentismo soporoso, del profundo letargo en que yace?

¿Quién dará el soplo vital á sus áridos huesos, para reanimarla? El bien y el mal, el árbol de la vida, y el de la muerte se crian, se sostienen en un mismo terreno, en medio de los pueblos que pasan sin levantar la vista, alargan la mano, y cogen de pronto los frutos que les presenta la suerte.

La Religion, la moral, el honor, los deberes, los principios mas sólidos y los sentimientos

mas nobles no son para los pueblos, sino una especie de sueño, unos fantasmas brillantes y efimeros, que de improviso se presentan, á lo lejos del pensamiento, para desaparecer muy luego, y nunca mas dejarse ver.

Jamás se vió cosa igual, ni aun se hubiera podido imaginar. A fuerza de continuados esfuerzos, y despues de una lucha interminable ha podido el hombre llegar á esta brutal apatia, bien á pesar de su razon y su conciencia. Fíjese por un instante la vista y considérese el principio real de la creacion: ¡Hasta donde llega el envilecimiento! Su espíritu agobiado no se halla bien, sino en las tinieblas; la ignorancia sola es el estado de su gozo, su paz y su felicidad; ya tiene perdido, hasta el deseo de conocer lo que mas le conviene. Contemplando con igual disgusto la verdad y la mentira, afecta creer lo que no podría discernir, para confundirlo todo en un mismo desprecio, como en un centro comun: último exceso

de la depravacion intelectual, á que se le ha permitido llegar. *Cum in profundum venerit..... contemnit.*

A vista de tal extravío, es imposible no compadecerse de la naturaleza humana. ¿Porqué, como puede concebirse condicion mas miserable, que la de un ser, tan ignorante de sus deberes y deseos, sin reconocer un desarreglo total del juicio, cual lo es, fundar la felicidad y el orgullo en esta misma ignorancia; debiendo ser mas bien para él motivo de afliccion y desconsuelo?

No es la debilidad del espiritu del hombre, la que mas contribuye á esta degradacion tan vergonzosa; sino la servidumbre á que le tiene sometido el cuerpo: subyugado el hombre por los sentidos, adquiere un hábito que no le permite juzgar de cosa alguna, sino por ellos, y segun ellos. No mira como realidad, sino lo que toca por sí mismo, reputando todo lo demas como abstraccion ó patraña; no hay, segun él,

mas mundo que el mundo fisico, y el intelectual con respecto á él es nulo; sería capaz de negar aun su pensamiento propio, á no tenerle tan á la vista, ó á serle menos íntimo; mas, como no puede, por decirlo así, separarse de él, y al mismo tiempo, tampoco quiere reconocerle tal como es, le hace un mero resultado de la organizacion natural, para evadirse de admitir substancias imperceptibles á los sentidos.

Aparecerá esto tanto mas extraño, cuanto que la cultura de las ciencias naturales, que á cada momento le hace ver la superioridad de lo humano sobre lo bruto, no le ha servido, sino para resolverse á seguir, con mayor teson, la despreciable inclinacion de abatirse, hasta igualarse con las mas viles criaturas, y ocuparse siempre en los objetos materiales. Entonces se disgusta el alma de sí misma, se ruboriza de su origen divino, y hace cuanto puede por borrar hasta el mas leve recuerdo. Ella cambió el curso na-



tural del amor que la constituye, para emplearle únicamente en los cuerpos ó seres materiales, que ama, como si fuesen su fin último, y con los cuales quiere identificarse, y perecer como ellos; diciéndose á sí misma : *Tú morirás* ; se siente llena de gozo con la esperanza de que así será.

Haciendo ilusion á su verdadero destino, podia en efecto persuadirse de su mortalidad, y el medio de que se valió, podria ser proporcionado : destruyendo la verdad en sí misma, se ha privado ella misma de su existencia, en cuanto le ha sido posible ; pues que, bajo cualquier sentido que se tome, la verdad es la vida, como que es la única y sola causa de la existencia del hombre y de la sociedad. Tanto en el orden moral como en el político, todo propende á su destruccion, y marcha *via recta* hácia este punto mas ó menos rápidamente, cuanto que la guerra contra la verdad es mas ó menos activa y destructora.

Una reciente, pero memorable experiencia, no deja razon de dudar en la materia, y para quien no cierre de propósito los ojos, es muy cierto, que la revolucion francesa tan destructora, no debió su caracter mortífero sino al impio delirio de sus promotores, quienes con un furor espantoso atacaron todas las verdades á la vez.

Pero ni por esto, ha dejado por existir en el fondo del corazon humano, una oposicion oculta y directa contra la verdad, que choca con sus inclinaciones y las perturba, abatiendo su orgullo. Él ama la verdad, la teme, la desea, la busca por una propension natural ; juzgándola principio de su bienestar ; pero, cansado no pocas veces de su yugo, se disgusta por haberla encontrado : contradiccion singular, por cierto, que jamas se nos podrá explicar. Despues de haber fatigado sin fruto nuestro ingenio, la Religion es, quien corrigiendo su debilidad, debe venir á desatar el nudo, cuyos cabos imperceptibles á nuestros ojos, no

pueden hallarlos nuestras conjeturas : es necesario , en una palabra , que una luz mas brillante que nuestra razon poco segura , nos dirija y guie , para formar un juicio recto de nuestro verdadero estado : es preciso para decirlo de una vez , que el mismo autor de la naturaleza nos declare las causas de las contradicciones que nos chocan. Entonces , y no en otro tiempo , es cuando se corre el velo , y cuando descubrimos al hombre tal como es , entonces observamos en él como dos entes distintos que se pelean sin cesar , y que triunfan ambos á su vez : uno , arrebatado de todo lo bueno , verdadero y noble , otro , inclinado á todo lo malo , vil y falso ; uno , que abraza la verdad y la virtud , enamorado de ambas , otro , que se precipita con furor en el abismo del crimen y del error : pero la fe , haciéndonos palpable un tal misterio de grandeza y de bajeza , nos demuestra , en este primer ente , al hombre primitivo , tal como salió de las manos del

Criador , y en el segundo , al hombre , degradado , corrompido por un crimen cabeza de todos , que lleva consigo la marca indeleble de su caída ; marca , que recibió con la vida misma , y en ella una herencia de viciosas inclinaciones y dolores , transmisibles de raza en raza , hasta el último de sus descendientes. Aquí se deja ver , que , segun lo que ha recibido del Criador , el hombre participa de las perfecciones de la divinidad , porque es imagen suya ; la inteligencia , el amor , un deseo insaciable de amar y conocer , le levantan hácia el cielo á cada instante , ó á la contemplacion de la verdad eterna , como si ya gustára de las inestimables primicias de su inmortalidad. La simple apariencia del bien le llena de júbilo. Concíbese , si es posible , una accion eminente ; un movimiento generoso , que no se le deba reconocer natural á su corazon. ¿ Se trata de hacer el mas grande sacrificio por una causa noble ? Un instinto superior , y mas veloz que su pensa-

miento mismo, le hace palpar de contento; no duda, no calcula; bendice su suerte y se ofrece muy gustoso. Que hablen en él la humanidad y la conciencia; desde luego le veréis con el sagrado nombre de Dios en sus labios, trasportarse á las naciones salvages, al último rincón del mundo, para ilustrar á sus semejantes, aliviar sus cuitas, suavizar sus modales; por extender el imperio de la verdad se le verá descender al fondo de los calabozos, presentarse á los tormentos, y dar un público testimonio de ella, muriendo gozoso y tranquilo, preparando así su mismo triunfo.

Hay, pues, en todos los hombres, y por lo tanto en todos los pueblos, dos poderes ó facultades que se chocan y se batan, la razon y los sentidos; ó para decirlo en el lenguaje altamente filosófico de nuestros Libros santos, *la carne* y *el espíritu* (1) y en proporcion, que uno

(1) *Caro enim concupiscit adversus spiritum: spiritus au-*

prevalece contra el otro, la verdad ó el error, la virtud ó el crimen dominan en los particulares ó individuos, en la universalidad ó las sociedades.

Mediante la razon, ciertamente aspira el hombre á la posesion de la verdad, alimento el mas apto y noble de su inteligencia; dirigese con una fuerza inexplicable al orden conservador de los seres.

De aquí procede la inclinacion, que manifiesta por las creencias sublimes, por las doctrinas elevadas y severas, así como por los dogmas inmateriales: de aquí este ardor vehemente de saber, esta sed de inmortalidad, este instinto religioso, esta fe, tanto mas clara cuanto mas sencilla, que se presta á todo lo bello, sublime, útil, y por lo mismo, mas real y efectivo; de aquí, por último nace este imperio admirable, que

*tem adversus carnem: hæc enim sibi invicem aduersantur.*  
EPIST. AD GALAT., V, 17.

tiene sobre sí mismo, sobre sus movimientos, pasiones, y sobre sus mismos pensamientos; este menosprecio de placeres frívolos y de goces materiales; este disgusto insuperable de todo lo transitorio; estos trasportes hácia un bien inamisible, infinito, pero presentado por el corazón, aunque todavía no comprendido por el espíritu; este amor excesivo de la virtud, y aquellas imponderables angustias que padece tan luego, como se ha separado de ella; esta tierna compasión de todas las miserias físicas y morales, sean de la clase que fueren; y esta constante disposición, en que se halla, para sacrificarse por otro; origen cierto y único de todo lo bueno, grande, amable y tierno, que se deja ver en la vida humana.

Por los sentidos, el hombre, inclinado á la tierra, sepultado en los goces físicos, y estragado su gusto para los intelectuales, se asemeja con el bruto, y se complace por ello. Su enten-

dimiento se obscurece, aunque no tan de pronto como él quisiera. ¡ Con cuánto ahinco trabaja por obscurecerle totalmente! Diríase, que la verdad es para él un suplicio; tal y tan grande es el odio que la infunde ella misma. Se le vé perseguirla sin descanso, atacarla con furor tanto en otros, como en sí mismo, y en su espíritu, en su corazón, en su conciencia. ¡ Vanos esfuerzos! Al punto, en el instante mismo que se cree vencedor; cuando se felicita orgulloso, por haber abismado, aniquilado la verdad implacable, su visión imponente, mas terribles que antes, mas espantosa, se presenta de nuevo para desconsolarle.

Pero si el hombre, como esclavo de sus sentidos es enemigo de la verdad, y por lo mismo de las doctrinas procedentes del cielo, y que le llaman á él, no es menos enemigo de las leyes eternas del orden, por no ser estas mas, que la reunión de las verdades, resultados de la naturaleza de los seres y de sus relacio-

nes; verdades con el nombre de deberes, porque no solo son el objeto del entendimiento, sino que influyen tambien en la conducta que ellos mismos regulan; imponiendo dos obligaciones, que son; abstenerse de ciertos actos, y practicar los contrarios. Teniendo pues estas verdades, íntima union entre sí, y confundiéndose, en cierto modo, quanto á su origen, se vé precisado el hombre á embestir con todas ellas, luego que por el interés de sus pasiones, se ha decidido á trastornar una. Por esto la corrupcion de las costumbres aborta la del alma; el desórden de las acciones produce el de los pensamientos, ó el error; y la depravacion del ente moral forma tambien otra del ente inteligente; la inconsecuencia causa tanto tormento al corazon humano, quanto pervierte la razon; y de aquí es, que sucede muchas veces creer la verdad antes negada, por el solo hecho de mudar de vida.

Pero la verdad aun en abstracto se hace odiosa, al tiempo que la virtud práctica no es un objeto de amor; y como el odio, por su misma naturaleza, es un principio de destruccion, así como lo es el amor, de produccion y conservacion, embrutecido el hombre por los sentidos, y entregado á los placeres del cuerpo, se vuelve naturalmente destructor: su alma se endurece y se complace con los espectáculos de ruinas y de sangre, adquiere gustos bárbaros, hábitos ferinos, y es muy digno de notar, que todos los pueblos impios, ó si se quiere, increídulos, han sido voluptuosos; y todos los pueblos voluptuosos, crueles. Considérense las naciones paganas. ¡Qué olvido de humanidad en la guerra y en la paz, en las leyes y en las costumbres, en los templos y en los teatros, en el corazon del amo y en el del padre! pero al mismo tiempo, ¡qué materialismo tan bajo en Religion! ¡Qué aversion á las doctrinas, que